

---

Giorgio Antei (curador), *Tesoro mexicano. Visiones de la naturaleza entre Viejo y Nuevo Mundo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Franco Maria Ricci, 2015.

por Rodrigo Martínez Baracs

El fastuoso libro titulado *Tesoro mexicano. Visiones de la naturaleza entre Viejo y Nuevo Mundo* reúne cinco estudios “que convergen sobre un único tema, el de las relaciones entre dos visiones de la naturaleza americana, la de los europeos y la de los indígenas”, como escribe su coordinador Giorgio Antei. Los estudios son valiosos y también lo son las ilustraciones, por su belleza y rareza. Todo impreso en Italia para el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, hoy Secretaría de Cultura, por Franco Maria Ricci, editor de la legendaria revista de arte *FMR*, y que, en palabras de Rafael Tovar y de Teresa (1954-2016), es “uno de los máximos artesanos editoriales del mundo”. El historiador italiano Giorgio Antei aparece como “curador” del libro, como se es curador de una exposición en un museo. *Let us go and make our visit...*

El trabajo principal, que le da título al libro y abarca su mayor parte (140 de 255 páginas), es obra del mismo Giorgio Antei y está dedicado a los 16 grandes volúmenes in folio encuadernados de la *Historia natural de la Nueva España*, con cientos de pinturas y descripciones y comentarios sobre las plantas y los animales mexicanos, que realizó entre 1571 y 1577 el protomédico de Felipe II (1527-1598), el doctor Francisco Hernández (1514/1517-1578/1587), el “Plinio mexicano”, y que fue quemado en el incendio de El Escorial de 1671.

La vida del doctor Hernández, su imponente obra, su pérdida, el compendio cercenador que le encomendó Felipe II al doctor Antonio Nardo Recchi en 1580, en el que se basó la edición romana de 1651, y las ediciones posteriores, han sido objeto de importantes estudios. Existe, por ejemplo, una gran edición mexicana de las *Obras completas* del doctor Francisco Hernández dirigida por los doctores Efrén C. del Pozo (1907-1979) y Germán Somolinos d’Ardois (1911-1973), en siete bellos y contundentes infolios editados por la Universidad Nacional Autónoma de México entre 1960 y 1984. El primer volumen introductorio de esta edición incluye el estudio del

jurista e historiador español José Miranda, “España y Nueva España en la época de Felipe II”, y el estudio de Germán Somolinos d’Ardois, “Vida y obra de Francisco Hernández”. Participaron en la edición destacados estudiosos en este proyecto multidisciplinario que unió a científicos mexicanos y exiliados españoles y europeos. Era una manera de realizar y continuar el gran aporte español al conocimiento de México. En una fotografía ya clásica, que aparece en el tomo VI de estas *Obras completas*, aparecen los colaboradores principales del proyecto. De pie están el profesor, periodista y promotor cultural universitario mexicano Enrique González Casanova (1924-2004), el historiador mexicano Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985), el antropólogo alemán Roberto Weitlaner (1883-1968), el odontólogo austriaco Samuel Fastlicht (1902-1983), el historiador y nahuatlato mexicano padre Ángel María Garibay K. (1892-1967), el médico español Germán Somolinos d’Ardois, el historiador y nahuatlato mexicano Miguel León-Portilla y el biólogo español Faustino Miranda (1905-1964), hermano del historiador José Miranda; y sentados están el odontólogo mexicano José J. Rojo, el historiador español José Miranda (1903-1967), el biólogo español Enrique Rioja (1905-1963), el funcionario universitario Efrén C. del Pozo, el antropólogo español Juan Comas (1900-1979) y el biólogo Roberto Llamas. Entre otros colaboradores, menciono al editor español Martí Soler y a varios mexicanos: el latinista Tarsicio Herrera Zapién, la historiadora y editora Elsa Cecilia Frost (1928-2005), el historiador de la ciencia Elías Trabulsi y el zoólogo Rafael Martín del Campo (1910-1987).

Durante esos años, la historiadora extremeña Ascensión Hernández Triviño se casó con Miguel León-Portilla y, antes de concentrarse en los estudios nahuas, filológicos e historiográficos, hizo su tesis de doctorado sobre la historia del exilio español en México: *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, 1978. Más adelante, Ascensión Hernández retomó en una edición de bolsillo, en la editorial Dastin, la edición de las *Antigüedades de la Nueva España* y del *Libro de la conquista* hecha por Miguel León-Portilla para las *Obras completas*. El texto, escrito en latín por el doctor Hernández (titulado *De Antiquitatibus Novae Hispaniae* y *De Expugnatione Novae Hispaniae*), fue traducido al español por Joaquín García Pimentel (1880-1943), nieto de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) e hijo de Luis García Pimentel (1855-1930).

Miguel León-Portilla advirtió la deuda de las *Antigüedades de la Nueva España* del doctor Francisco Hernández con la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y su equipo de colaboradores nahuas, que llevaban treinta años trabajando sobre las antigüedades mexicanas. Como es sabido, la obra de Sahagún, con sus columnas de texto en náhuatl y en español y con sus ricas pinturas, entró en la fase final de su elaboración precisamente cuando el doctor Hernández (1571-1577) llegó a México.

El doctor Hernández aprovechó igualmente para su *Historia natural de la Nueva España* a los médicos y pintores nahuas formados en el equipo de Sahagún, lo cual explica en cierta medida la excepcional productividad del doctor Hernández en la elaboración de cientos o miles de pinturas bellísimas y en las descripciones y comentarios. Pero también es cierto que el doctor Hernández era un humanista de alto vuelo y sumamente vigoroso: durante su misión científica en México, además de las descripciones y comentarios de su monumental *Historia*, y de su *De antiquitatibus Novae Hispaniae*, estudió la corografía de la tierra con el apoyo del cosmógrafo Francisco Domínguez, y escribió sobre el *cocoliztli* (la epidemia de 1576), sobre los peces, sobre la historia de Asia, sobre la filosofía natural y sobre diversos problemas filosóficos. Además, mandó traducir al náhuatl su investigación sobre las plantas y se dio tiempo para traducir del latín al español la *Historia natural* de Plinio (23-79 d. C.), lo cual habla de la magnitud y la naturaleza de su ambición en la Nueva España.

El trabajo de Giorgio Anteí sobre la *Historia* de Francisco Hernández nació de su desesperación al imaginar la desaparición del “tesoro americano” del doctor Hernández en las llamas del incendio del Escorial de 1671 y de la necesidad imperiosa de saber cómo era este tesoro, cómo se hizo, y por qué, si era una obra tan maravillosa, no la imprimió el rey Felipe II en 1578.

Giorgio Anteí es un historiador obsesivo y con fuerte olfato archivístico. Lo mostró en su libro sobre *El caballero andante. Vida, obra y desventuras de Lorenzo Boturini Benaduci (1698-1755)*, catálogo de la exposición sobre Boturini que se exhibió en el Museo de la Basílica de Guadalupe en 2007, libro, por cierto, no menos elegante que el que ahora reseñamos. En este libro sobre Boturini, Anteí se propuso dar un paso más respecto a los conocimientos aportados sobre el caballero milanés por Manuel Ballesteros Gaibrois

(1911-2002) y Miguel León-Portilla, y ofreció valioso material documental. A Giorgio Antei le interesó indagar por qué Lorenzo Boturini nunca pudo concluir su gran obra y tan sólo pudo publicar una *Idea de una historia general de la América septentrional* en 1746. Gracias al estudio de Antei sabemos que no terminó la *Historia general de la América septentrional* porque nunca pudo recuperar su gran colección, su *Museo Histórico Indiano*, confiscada por el virrey de la Nueva España y posteriormente dispersada y parcialmente perdida. De igual modo, en su interés por la obra de Francisco Hernández, Antei se pregunta sobre una obra que pudo ser pero no fue, que antes de poder ser publicada fue destruida. Una generalizada falta de interés de las autoridades por los estudios históricos: al mismo tiempo que la obra del doctor Hernández fue despreciada y archivada, la de fray Bernardino de Sahagún fue prohibida y dispersada.

Así, el estudio de Giorgio Antei, todo un libro en realidad, lleva el título de “Historia verdadera de un tesoro malogrado”. No es solamente erudito, bien documentado, preciso y completo, sino que alcanza a ser verdaderamente intrigante, desde su primer capítulo titulado en latín “*Lex ígnea / La ley del fuego*”, sobre el misterio de los múltiples incendios que, por razones insondables, castigaron al Escorial en 1577, 1671, 1731, 1744, 1763, 1827, 1872 y 1964. Entre éstos, el incendio del lunes 8 de junio de 1671 quemó los 16 volúmenes de la *Historia natural de la Nueva España* de Francisco Hernández. Y Antei percibe algo parecido a una cruel justicia poética en la destrucción de este *Tesoro* de historia natural mexicana, por la destrucción de los libros, imágenes y templos realizada por los españoles en México a partir de la conquista, serie infinita de tesoros malogrados.

Realmente la *Historia natural de la Nueva España* nació entre malentendidos y dificultades. En 1570 el rey Felipe II designó al doctor Hernández con el título recién creado de Protomédico General de las Indias y lo mandó a México para realizar un trabajo de descripción de las plantas y animales que permitiera —dice Giorgio Antei— recuperar para beneficio de la Corona el comercio privado de las plantas medicinales americanas, que había mostrado el *Libro de todas las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven al uso de medicina* del sevillano Nicolás Monardes (1493-1588), publicado en 1565 y varias veces reeditado y ampliado. Antei advierte una ambigüedad en la Instrucción del rey al protomédico del 11 de

enero de 1570, pues en un primer momento sólo le ordena describir las plantas medicinales, pero después le manda hacer la *Historia natural* de las Indias. Recuérdese que el doctor Hernández entendía “historia natural” en el sentido fuerte de la palabra, como las de Aristóteles y de Plinio. Felipe II quería una expedición breve y barata, mientras que Hernández pensaba en una misión de varios años en Nueva España y otros más en el Perú.

A la prisa del mercantilista Felipe II se agregó el hecho de que designó a Juan López de Velasco (1530-1598) como cronista mayor de Indias, con el encargo de escribir una historia moral y natural de las Indias, lo cual duplicaba el esfuerzo del doctor Hernández, con la diferencia de que el cronista de Indias debía trabajar compendiando las muchas relaciones, historias y descripciones que se encontraban en el archivo del Consejo de Indias, mientras que el doctor Hernández estaba en el terreno describiendo plantas verdaderamente existentes.

En 1576 el doctor Hernández le mandó al rey Felipe II el gran producto de su trabajo: los 16 grandes y maravillosos volúmenes *in folio* finamente encuadernados de su *Historia natural de la Nueva España*, guardados en dos grandes cofres reforzados. El rey Felipe II los recibió con indiferencia. ¿De qué le servía un regalo tan bello como inútil? Lo que él quería era apropiarse y aprovechar el comercio de las plantas medicinales americanas. El doctor Hernández regresó a España y llegó a Madrid a fines de 1577, con 22 grandes tomos más, con las demás obras que realizó en la Nueva España, y entregó al Consejo de Indias un memorial sobre todos sus trabajos realizados en tierra americana y la petición de que su historia de las plantas y los animales se imprimiera.

Siempre se había creído que fue el Consejo de Indias el que rechazó la publicación de la *Historia natural* de Francisco Hernández. Un aporte relevante de Giorgio Antei es haber encontrado la respuesta de este Consejo a la consulta del rey sobre el tema. Dicha consulta no fue negativa. Por el contrario, se apoyó la impresión que, acotaba el oidor don Diego de Zúñiga, debía hacerse “a costa de VM”. Pero precisamente en la hoja de la respuesta del Consejo de Indias Antei encontró una nota manuscrita al margen escrita por el mismo Felipe II, en la que se oponía a la publicación, por lo caro que sería imprimir 16 grandes volúmenes con texto y cientos o miles de grabados, y propuso a cambio editar algunos fragmentos en libros de mano. De esta

forma, triunfó nuevamente lo que el historiador Carlos Sempat Assadourian llamó “el principio de la utilidad económica” que permeó toda la política indiana de Felipe II. El monarca que había intensificado la explotación de los indios en beneficio de la Corona, difícilmente iba a gastar en una bella enciclopedia sobre la naturaleza de las Indias.

Hay evidencia, sin embargo, de que en ese mismo año de 1578 el doctor Hernández pensó que la edición de su libro había sido rechazada por el Consejo de Indias, lo cual, además de desalentarlo, lo debió ofender y lastimar personalmente, al no ver apreciado por sus pares un trabajo en el que había invertido tanto empeño. Sin embargo, a Giorgio Antei le queda la duda de si algún día el doctor Hernández supo que su gran obra fue apreciada en el Consejo de Indias, y que fue el mercantilista Felipe II el que se opuso a la impresión de su trabajo. El asunto tiene relevancia por otro importante descubrimiento documental de Giorgio Antei: el doctor Francisco Hernández muy probablemente falleció, no en 1587, sino el 28 de mayo 1578. Como lo expresó un testigo de los hechos, Hernández “murió de tristeza y desaliento...”. De este modo, podemos pensar que, agotado y enfermo por un trabajo de la mayor intensidad durante seis años en México, el gran sabio no resistió el golpe de ver rechazada la publicación de la gran obra de su vida.

El gran caco en el estudio de Giorgio Antei sobre Francisco Hernández es el rey Felipe II. Acusación que concuerda bien con la actitud antiespañola de un italiano como Antei, pues no debe olvidarse que Italia, al igual que América, vivió el dominio español y, más que América, lo vivió como una imposición, como un yugo.

Cuando Giorgio Antei se pregunta sobre cómo pudo haber sido la destruida *Historia natural de la Nueva España*, piensa inmediatamente en el libro XI de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, pues, como vimos, colaboraron con Hernández los pintores nahuas del equipo de aquel fraile erudito. Es notable que en la “recta final” de la obra de Sahagún, su equipo haya sido lo suficientemente amplio y consolidado como para cederle pintores al doctor Hernández para que pudieran pintar plantas y animales novohispanos. Quisiéramos saber más sobre estos años de cooperación entre el doctor Hernández y el ya viejo pero aún vigoroso padre Sahagún.

Al respecto, Giorgio Antei muestra que las actitudes de Sahagún y Hernández hacia los indios eran diferentes, mucho más positiva la de Sahagún que la de Hernández. Aún así, el médico siempre cuidó de pagarles su salario, en medio de las dificultades económicas.

Giorgio Antei sugiere que otro camino para hacernos una idea de cómo fueron las pinturas de la perdida *Historia natural de la Nueva España* es examinar las once pinturas de plantas americanas, copiadas en Venecia entre 1552 y 1554, que incluyó Pietro Antonio Michiel (1510-1576) en sus *Cinque libri di piante* que, al parecer, copió y reprodujo Ulisse Aldrovandi (1522-1605), hoy resguardadas en la Biblioteca Marciana de Venecia, y que se reproducen por primera vez en el libro *Tesoro mexicano*.

El libro incluye la fina reproducción de algunas otras raras bellezas del siglo XVI cuyos estilos alguna afinidad tienen con el de la *Historia natural* del doctor Hernández. Entre estas obras se encuentra el *Códice Pomar o Jardín de cámara o Retrato de la naturaleza*, de la Biblioteca Universitaria de Valencia; el *Teatro de la naturaleza* de Ulisse Aldrovandi, de la Biblioteca de la Universidad de Boloña; el *Gabinetto dei Disegni e delle Stampe*, Museo de los Uffizi, Florencia; y el *Hortus Pisanus*, de la Biblioteca Universitaria de Pisa, sobre los que tratan Giorgio Antei, Lucia Tongiorgi Tomasi y Giuseppe Olmi en sus respectivos ensayos. Aunque es de un periodo muy posterior (finales del XVIII), es importante el manuscrito *Dendrología natural*, que se conserva en la Biblioteca Francisco Burgoa de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, y que estudia María Isabel Grañén Porrúa en su contribución a este libro. Además, es agradecerible la publicación del *Mapa de Cuauhtlantzinco (Códice Campos)*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia en esta ciudad de México, así como de algunas portadas de libros y de documentos tan valiosos como la aprobación del Consejo de Indias de publicar la *Historia natural*, el rechazo de Felipe II o el acta de defunción del doctor Hernández en 1578. Dada la rareza de estos materiales, resulta acaso menos necesaria la publicación de pinturas mejor conocidas, tomadas de fuentes como la *Relación de Mechuacan*, de la Biblioteca de El Escorial. Se justifica más la publicación de pinturas de historia natural del *Códice De la Cruz-Badiano*, de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, que estudia Alejandro de Ávila en uno de los capítulos del libro, y del *Códice florentino*, de la Biblioteca Medicea Laurenziana de

Florencia que, como vimos, es un manuscrito íntimamente asociado a la *Historia natural de la Nueva España* de Francisco Hernández. Grandes ausentes en las ilustraciones de *Tesoro mexicano* son las imágenes de lo que queda de la *Historia natural de la Nueva España*. La investigación iconográfica está en camino.

Las joyas de historia natural que aún existen, de las que Giorgio Antei nos da una pequeña muestra en el libro-museo que curó, son otros tantos tesoros mexicanos que hace falta difundir y estudiar. Pero, respecto a la perdida *Historia natural* de Francisco Hernández no nos queda sino lamentar lo inevitable (pues un rayo provocó el incendio) y lamentarnos aún más de la destrucción de los bienes culturales que continúa hasta la fecha por nuestra incuria o iniquidad. Más aún, acaso su destrucción en el incendio de 1671 es un justo castigo retrospectivo por permitir la destrucción de nuestro verdadero *Tesoro mexicano*: la naturaleza y la cultura mexicana misma.

---

Eduardo Matos Moctezuma, *Historia de la arqueología del México antiguo*, 2v., México, El Colegio Nacional, 2017.

por Salvador Rueda Smithers

Al reseñar el libro de Eduardo Matos Moctezuma, obra pensada para el cultivo y el disfrute de los lectores, se corre el riesgo de adelantar su contenido con grosera síntesis y arrebatar la sorpresa a las numerosas miradas que se adentren en su apasionante tema y su fácil escritura. No sería justo ni para el autor ni para quien lo leerá. Por ello me atreveré a preparar al lector para adherirse a la expedición a la que Matos Moctezuma nos invita llevando otro equipaje: el de las conexiones intelectuales, no siempre directas ni visibles. Así, permítaseme ensayar una genealogía de las ideas, a fin de apuntar hacia la originalidad —y, al mismo tiempo, la historicidad— de la nutrida explicación que aquí se nos ofrece en torno al motor de una ya bien cimentada disciplina en nuestro país.

Comenzaré por el título. Se trata de la *Historia de la arqueología del México antiguo*, es decir, de la singular atracción de estos estudiosos por el